

sobervios lo que concede à los humildes: *Si ergo Deus operatur in te, gratia Dei operaris, non virtutibus tuis: ergo si gaudes & time, ne forte quod datum est humiliter auferatur superbo.* Obedeced, pues, à la gracia, sométeos à su conducta, dadla toda la gloria de vuestras acciones, y confesad que quando Dios coroné vuestros merecimientos, coronará sus misericordias y sus favores. Y por lo que le haveis servido sobre la tierra con su gracia os hará felices por los siglos de los siglos en la Gloria. Asi sea.



+++++

SERMON
DE SAN FRANCISCO

DE SALES,
PREDICADO EN EL DIA DE LOS
Santos Inocentes, que fue el dia de su
muerte, en la Iglesia de las Doncellas
de Santa Maria de Chalint, delante
de la Reyna, y de la Reyna
de Inglaterra.

Dilexit multum. Luca cap. 7. v. 47.

SEÑORAS:

COMO solamente à Dios es à quien pertenece hacer los Santos, asitampoco hay otro que el sucesor de S. Pedro à quien pertenezca declarar los; y solamente aquella boca que profere los oráculos de la fé, es la que permite à los fieles honrar à los Bienaventurados. Sin embargo, algunos de estos han sido canonizados por la voz del Pueblo, y han recibido los obsequios de los christianos antes de tener la solemne aprobacion del Soberano Ponti-

ficé. San Juan Chrysostomo fue reverenciado por común consentimiento de aquellos que le havian oído declamar en el púlpito, los quales juzgaron que podian muy bien invocar à un Predicador, cuya palabra y cuyo exemplo havia convencido à tantos pecadores. San Roque es honrado de todos los fieles; porque el socorro que por su intercesion han recibido en la tierra, les persuade que reyna con los Angeles en el Cielo. El bienaventurado San Francisco de Sales es tambien de este numero, pues la piedad de los christianos ha prevenido su canonizacion: y los Franceses que le havian admirado quando vivia, le canonizaron despues de su muerte. Por esto he creído yo, que podía alabar publicamente à un Prelado, à quien honra toda la Francia, y hacer el Panegyrico de un hombre, à quien toda la Europa tiene por Santo. Mas quando la piedad pública no disculparse mi libertad, la palabra de la Virgen la autorizaria, y yo juzgaria estar obligado à formar el Panegyrico de un Santo, à quien ella ha canonizado por su propia boca. Por aqui podeis vosotros juzgar, que pues la Reyna del Cielo se interesa en las alabanzas de San Francisco de Sales, no me negará su favor para publicarlas, si la decis todos conmigo:

AVE MARIA.

SEÑORAS:

Siempre he creído con San Agustin, que asi las pasiones como las virtudes no son otra cosa que

que los movimientos del amor y de la caridad. En efecto; el amor se acerca por el deseo, y se retira por el temor; se anima por la ira, y se tranquiliza por la alegría. La caridad se gobierna del mismo modo por la prudencia, se defiende por la fortaleza, se arregla por la justicia, y se modera por la templanza. Pero yo adelanto mas; y digo con San Agustin y con San Bernardo, que asi como el amor transforma en sí mismo las pasiones, asi tambien la caridad convierte en sí todas las virtudes: *Amor ceteros in se inducit affectus* (a). Y à la verdad, el deseo no es otra cosa que el amor de un bien distante, que buscamos con eficacia, y con empeño. La esperanza, no es mas que el amor de un bien dudoso, que esperamos con tanta impaciencia como incertidumbre. La Ira, es el amor de un bien, que nos quieren quitar, y que queremos conservar, ò à quien quieren otros acometer, y nosotros queremos defender. La alegría, no es otra cosa que el amor de lo que poseemos, y en que hallamos nuestra quietud y nuestra dicha. Y del mismo modo, la prudencia, es un amor ilustrado, que discierne los medios que le conducen à Dios, de aquellos que le desvian y alejan de su Magestad. La fortaleza, es un amor generoso, que vence al dolor, y à la muerte por servir à Dios. La templanza, es un amor arreglado que desprecia los deleytes, y que sin division alguna se entrega à Dios enten-

ra-

(a) Bernard. Serm. 83. in Cant.

ramente. La justicia, es un amor equitativo, que subordinanlose à Dios, enseña à mandar rectamente à las criaturas. Y así, todas las virtudes no son otra cosa, que unos amores disfrazados, que buscan al Soberano bien por caminos diferentes, y tratan de hacer al hombre perfecto, haciendole amoroso.

Por esto, Señoras, he creído, que para hacer el Panegyrico del bienaventurado Francisco de Sales, bastaría manifestaros su amor; porque este comprendía todas sus virtudes, y estas eran transformadas en amor. Mas para guardar algun orden en tan basto objeto, permitidme haceros ver al divino amor, reynando en su corazon como en un trono, y triunfando en este mismo corazon del amor profano, su mas mortal enemigo. Si cumplo felizmente mi promesa, havré hecho, sin duda, un elogio à nuestro Santo, al que nada tendrá la eloquencia que añadir; porque como dixo él mismo, pocos dias antes de su muerte, à las Doncellas de Santa Maria, el que posee el amor, posee todas las virtudes; y el que no tiene amor propio, puede gloriarse de tener el amor divino en toda su perfeccion. Pido atencion.

PUNTO PRIMERO.

El verdadero y unico exercicio del corazon, es el amor. La naturaleza nos ha dado los ojos para vér, los oídos para entender; las manos para obrar, y el corazon para amar. Pero el amor, no solamente es la ocupacion del corazon, sino su

vi-

vida: *Vita cordis amor.* (a) De suerte, que un corazon que no ama, es muerto; y desde que renuncia el amar, renuncia tambien la vida. Las otras partes del cuerpo tienen reposo algunas veces; pero el corazon, siempre está en movimiento. Las manos, aunque son sus fieles ministros, no obran sino quando reciben las ordenes de su Soberano: los ojos no siempre están abiertos, se cierran à la luz, quando menos, mientras el sueño: los oídos tienen en sus trabajos varias treguas; y quando el silencio acompaña à la noche sobre nuestro emisferio; reposan ellos tambien con toda la naturaleza. Mas el corazon siempre vela. Este Rey no cesa de obrar, sino quando dexa de amar, y cesa de amar, quando dexa de vivir. Es verdad, que como se nos ha dado para amar à Dios, no tiene él otro amor que pueda conservarle la vida. Y así, muere, quando ama à la criatura; pues no pudiendo vivir ni por ella, ni por sí mismo, pierde la vida, quando empeña en esto su afeccion: *Qui enim non potest vivere de se, dicitur San Agustín, moritur utique amando se.*

Nuestro dichoso Prelado estaba bien persuadido de esta máxima; porque amaba, y no amaba sino à Dios. La caridad era la vida de su alma, y esta virtud se havia apoderado de tal suerte de su corazon, que no havia dexado lugar en él al amor propio. Era ciertamente San Francisco de Sales tiernisimo, agradecido; pero jamás su amoroso corazon se finalizaba en la criatura:

(a) Aug. lib. 3. de Trin. sup. Y. sup. in 20

siempre iba à buscar al Criador, como à su fin y centro. Que me arranquen el corazon, decia muchas veces, ò que no permanezca en mí, sino para amar aquel que es infinitamente amable. Las divisas son regularmente los intérpretes de nuestros pensamientos; y estas sucintas y como forzadas palabras, manifiestan, con tanta eficacia como verdad, nuestros interiores. La de nuestro Santo era, ò amar, ò morir; juzgando muy bien, que la vida solamente se nos havia dado para amar; y por consiguiente, que nosotros dexabamos de vivir, en el mismo momento en que dexabamos de amar à Dios. La grande Teresa, esta muger fuerte, esta generosa Española, esta fiel amante de Jesu-Christo, havia tomado por divisa, ò morir, ò padecer, *aut pati, aut mori*, como diciendo, que no apreciaba la vida, sino para sufrir; que no pretendia ya vivir, quando no pudiese padecer; y que desearia ser víctima de su Esposo, quando no pudiese ser su Martyr. La de nuestro Bienaventurado Amante, contenia algo mas de dulzura y de amor: porque sabiendo bien, que no se podia amar sin padecer, se contentaba con decir, ò amar, ò morir; porque no desear vivir, sino para amar, era lo mismo que desear ser martyr, quando cesase de ser amante.

Estaba, pues, tan poseído de este amor, que no veía mas que à Dios en las criaturas; y por consiguiente à él solo amaba en sus próximos, y en sus amigos. Los Poetas nos han querido persuadir, que en cierto tiempo hubo un amante, que no veía en el rostro de todas las mugeres, sino el semblante de su querida. Y que de este modo, ni jamás podía

dia ausentarse de ella, pues la veía en todas partes; ni la podia ser infiel, respecto de que solamente à ella veía en todas las demás. Yo no sé, si el amor profano es bastante poderoso para causar esta impresion en el corazon del hombre; pero sé muy bien, que el divino la havia causado en el corazon de Francisco de Sales. Sí, porque él no consideraba sino à Jesu-Christo en todos los fieles; no veía sino à él en todas las criaturas; y conformándose su corazon con sus ojos, solamente amaba à aquel, à quien veía en todas las cosas. La divina amante de los Cantares, nos declara, que siempre estaba ella en esta disposicion; y que todas las bellezas que se ofrecian à sus ojos, la representaban las de su esposo. Ella reconocia su blancura en las azucenas, su pureza en las fuentes, su ternura en las palomas, su resplandor en el Sol, y su fecundidad en los campos. Y así, à qualquier parte que fuese, veía siempre à su amado; y haciendo de cada criatura un espejo, un retrato de su querido, jamás era distrahida ni separada de él. Tal era, sin duda, el grande Obispo de Genova. El Hijo de Dios le era siempre presente; sus divinas perfecciones eran todo su recreo; y considerando estas mismas perfecciones en las criaturas, no veía, ni amaba en ellas otra cosa que à su Magestad. Pero como el amor, por grande que sea, no se dá por satisfecho, ni sus efectos igualan jamás à sus deseos; el de nuestro Prelado, se valió de un artificio maravilloso para conseguirlo, que no havia hasta entonces ocupado el espíritu de otro amante. Quiso, digo, multiplicarse en muchas personas; repartirse en muchos lugares; y erigir

un grande orden en la Iglesia; para que siendo él la cabeza, pudiese amar à Jesu-Christo en todos los miembros que le compusiesen. En efecto, instituyó el de las doncellas de Santa Maria; y asociándose con estos Angeles encarnados; tomó en empréstito sus bocas para alabar al Hijo de Dios, sus manos para servirle, y sus corazones para amarle. Afogado de no poder por sí solo desempeñar esta obligacion del amor, se quejó à la naturaleza, de que habiendole dado dos manos para obrar, dos oídos para entender, y dos ojos para mirar, no le hubiese dado mas que una boca para bendecir à Dios, y un solo corazón para amarle. Y vengándose de esta injusticia por medio de un artificio santo, pidió prestadas bocas y corazones, para alabar, y para amar à su Maestro; pues viviendo en todas las doncellas de Santa Maria, bendecia y amaba à Dios por todas sus bocas y corazones.

Y en esto hallo yo que su amor ha imitado al de Jesu-Christo; porque como nos enseña San Pablo, queriendo el Salvador del mundo satisfacer plenamente à la justicia de su Padre, deseó padecer toda suerte de penas, y toda clase de muertes. Mas como el cuerpo natural es muy debil para llenar tan gran deseo, pues no puede sufrir sino ciertos dolores, ni padecer mas que una muerte; tomó su Magestad un cuerpo místico, en el qual executó lo que no havia podido conseguir en su cuerpo natural. En efecto, este hombre Dios, que no fue personalmente enclavado en la Cruz, ni murió en el Calvario, sino una vez, padece y muere aún todos los días en la persona de sus fieles. El fue apedreado en San Estevan, degollado

en San Pablo, crucificado segunda vez en San Pedro, desollado en San Bartolomé, devorado por los Leones en San Ignacio, y abrasado por las llamas en San Lorenzo. Pues à este modo nuestro Santo Obispo, afogado de no poder amar à Jesu-Christo, sino por el unico corazón que la naturaleza le havia dado, tomó los corazones de sus doncellas para amarle en todos los lugares donde ellas se han repartido; y no deséo la multiplicación de sus casas y de sus personas, sino para ver à su amor multiplicado. Gran Santo, vívid contento; pues han sido escuchados vuestros votos; han sido cumplidos vuestros deseos; porque viviendo en tantos lugares, y en tantos corazones, amais à Jesu-Christo en todas aquellas partes, en donde vuestras doncellas y sus esposas son establecidas.

Y vosotras, mis queridas hermanas, acordaos de la intención de vuestro Padre, y satisfaced à sus deseos. Amad al Hijo de Dios por él y con él. Y así como San Pablo en sus persecuciones y trabajos, decia justamente, que cumplia en su persona lo que faltaba en la pasión de su Maestro: *Adimpleo quæ desunt passionum Christi*; así vosotras, amando al Hijo de Dios, decid con verdad, que dais cumplimiento à lo que faltaba al amor de vuestro Padre. Y aprended de aquí, que el amor es vuestra herencia; y que siendo hijas de un Serafin, debeis ser los Serafines de la Iglesia. Dexad à las demás ordenes que han precedido à la vuestra las ventajas que forman su diferencia. Dexad, digo, la mortificación à las Capuchinas, los exercicios de misericordia à las Hospitaleras, la oracion à las Carmelitas, la instruccion

de la juventud à la Ursolinas; y contentaos vosotras con amar y cumplir las intenciones de vuestro bienaventurado Padre: y dad gracias à Dios, que os ha dado el amor por vuestra herencia, y para vuestra divisa. Ved aquí, pues, el triunfo del amor divino, dibujado en esta primera parte del elogio de Francisco de Sales. Veamos ahora en la segunda, la ruina ò la derrota del amor profano. Mirad:

PUNTO SEGUNDO.

De todas las pasiones del hombre la mas natural, la mas rebelde, y la mas fecunda, es el amor propio. Es la mas natural: porque constituye una parte de nuestro compuesto; y lo que en otro tiempo fue castigo de Adan, es ahora inclinacion natural de sus hijos. Este infeliz amor precede en los christianos al amor de Dios. Los padres que les dán el sér, les dán con él este desgraciado amor; y sin tener necesidad de maestros, saben estos miserables amarse à sí mismos, con perjuicio del amor de Dios, y de su próximo. Y esta pasion, que es la mas natural, es al mismo tiempo la mas rebelde ú obstinada. Ella no muere sino con nosotros; y aunque los Sacramentos la debilitan, no la extinguen: *In fidelibus minuitur, sed non extinguitur* (a). Y así, el Bautismo que borra el pecado, no borra el amor propio; y este hijo mas obstinado que su padre, no cede al amor de Dios que este Sacramento infunde en nuestras

(a) Aug. lib. 1. de nuptiis cap. 25.

almas con la gracia. Es finalmente esta pasion la mas fecunda: porque aunque los monstruos son esteriles por providencia de la misma naturaleza, este monstruo es fecundisimo, y se puede gloriarse de que todos los pecados son sus hijos, ò que todos los desordenes de nuestra alma nacen de él. Y así como de una pepita sale un arbol con todas sus ramas, flores, y frutas; así el pecado con toda su injusticia, y violencia sale del amor propio. Por eso, quando San Pablo dixo: *Erunt homines sui amantes*, que los hombres se amarian à sí mismos, añadió: serán codiciosos, vanos, soberbios, blasfemos, ingratos, facinorosos, con otra multitud de atributos delinquentes y perversos: *Erunt cupidi, elati, superbi, blasfemi, ingrati scelesti* (a).

Pero entre todos los efectos que se derivan de causa tan infeliz, los dos mas peligrosos, y contra quienes hay mas dificultad de pelear, son, el deseo de la vanagloria, y el temor de la ignominia. No hay hombre que no juzgue, que el honor es la recompensa de la virtud; el alma de las brillantes acciones; la pasion de los Heroes, y el unico bien que nos queda en este mundo despues de la muerte: *Gloria, propria passio defunctorum*. (b) Persuadidos, pues, de estas falsas razones, conservamos el amor à la vanagloria hasta el fin de nuestra vida; y esta es la ultima pasion de que no nos sabemos despojar: *Novissima omnium cupido gloria excutitur*. Esta es la ultima tentacion que

(a) 1. Timoth. cap. 3. v. 2. (b) Tacit. Ann. (a)

nos acomete, y que por lo regular triunfa de nosotros, despues que hemos triunfado de la avaricia y de la impudicia. Esta es, dice San Agustin, la primera que nos ha separado de Dios, y la ultima que nos impide bolver à él: *Verè ille immaculatus est qui hoc delicto caret; quia hoc & ultimum redeuntibus Deum, quod recedentibus primum fuit* (a). Finalmente, esta es aquella pasion, donde se atrinchera el amor propio, quando se vé abandonado de las demás.

Y si esta doctrina es verdadera, es preciso concluir que nuestro humilde Prelado no se amaba à sí mismo; pues tanto desestimaba aun aquellas dignidades, que se reputan como signos de la gloria y recompensa de la virtud. Cierta persona de ilustre nacimiento y ensalzada condicion, pretendió hacerle consentir en que el Papa reconociera su merito, y le honraria con la Purpura. Pero rechazó Sales la proposicion con tal vehemencia, que dexó admirado al que la havia hecho; y su respuesta fue juntamente acompañada de tal modestia y generosidad, que no hubo dificultad en conocer, que si el desprecio que hacia de su persona era grande, no era menor el que hacia de estas grandezas, que mas tienen de esplendor que de virtud. Pero no puede declararse mejor la disposicion en que se hallaba su alma, que por lo que él mismo declaró à uno de sus mas intimos amigos. Mi corazón, (le dixo) me ha dado en esta ocasion un placer muy señalado; porque no ha que-

(a) Aug. in Ps. 18.

querido mirar estos honores terrenos; y aun ha hecho de ellos el mismo aprecio, que si me hallase en el artículo de la muerte. ¡Qué palabras tan generosas! ¡cómo se conoce, que salian de un alma poderosamente afianzada en la humildad, y en quien havia ya muerto el amor propio, pues se havia extinguido ya en ella la vanidad! Es constante, que aunque nos hallemos libres del vicio de la lisonja, la escuchamos de la boca ajena con placer, ó la rechazamos con mucha debilidad. Particularmente quando nos promete dignidades, es necesario un esfuerzo maravilloso para rebatirla. Pero nuestro humilde Obispo, no para su consideracion en estas cosas; porque tanto es lo que aprecia la humildad, que desprecia enteramente toda gloria terrena; y mirando en su vida los honores, del mismo modo que son mirados por los demás en la hora de su muerte, forma de ellos quando se los ofrecen los mismos sentimientos que los demás suelen formar en el fatal momento en que se ven precisados à dexarlos.

La muerte; à la verdad, nos abre los ojos del espíritu, quando nos cierra los del cuerpo; y descubrimos la vanidad de todas las cosas de la tierra, quando nos acercamos al sepulcro. Entonces nuestra alma, desprendiendose del cuerpo, se desprende tambien de todo aquello que havia estimado en esta prision. Las riquezas no nos parecen sino unós agradables suplicios, que baxo el velo de aquietar nuestros deseos, los aumentan, y exasperan. Los placeres se convierten entonces en dolores; y solamente dexan en nosotros el desagrado y la verguenza. Los honores, que toda

nuestra vida nos han tenido engañados, no nos parecen otra cosa que ilusiones; dexandonos persuadidos, que el buscar las dignidades, es buscar unicamente adornos para el sepulcro: *Misera subit eos cogitatio laborasse tantum in titulum sepulchri* (a). Y así, es cosa maravillosa, que tenga un hombre, mientras vive, los mismos sentimientos que los demás tienen quando mueren. Que juzgue de las cosas tan desapasionadamente, como los que están preparados à dexarlas; y que las mire con tanto menosprecio, como los que habiendolas poseído, las ván à perder. Sabeis vosotras, queridas hermanas, ¿por qué vuestro bienaventurado Padre despreciaba tan generosamente las grandezas, que buscan los demás con tanto empeño? Porque el amor de Dios havia extinguido en su persona el amor propio: Porque la ambicion no podia cegar à quien la caridad havia iluminado. Porque la vanidad, en fin, no podia hallar cabida en un alma, de donde estaba desalojado todo desordenado apetito.

Más como el demonio no pierde jamás su audacia, y sabè que muchas veces ha triunfado de aquellos mismos que han ganado sobre él muchas victorias, continuó sus artificios: y valiendose de la boca de un amigo de nuestro Prelado, trató de hacerle caer en la vanidad. Este hombre, pues, estaba muy bien informado de los meritos de nuestro Santo, y del amor que le profesaba el Papa; y en virtud de este conocimiento, quiso persuadirle, que el bonete cardenalicio no le podia faltar

(a) Schœc. de brevitate vite. t. 19.

à su virtud; porque la piedad misma tendria motivo de queja, si no fuese honrada de este modo en su persona. Estas palabras eran otro tanto mas peligrosas, quanto eran mas verdaderas: estas esperanzas podian otro tanto mas lisonjearle, quanto en sí eran mas justas: porque como nuestro Obispo era tan acreedor à la Purpura, la podia legitimamente esperar. ¡Mas ò Dios mió! ¡quán distante estaba él de estos deseos! ¡quán muerta no estaba la ambicion en un corazon, donde reynaba la caridad! ¡con qué perfeccion no le havia hecho conocer esta virtud tan luminosa como ardiente, que las mas altas dignidades no son para pretendidas ni para esperadas! Amigo (le responde nuestro Sales), si el sombrero encarnado estuviera tres pasos de mí, no los daria por cogerte. Juzgad ahora de los sentimientos de su corazon por sus palabras, y confesareis que estaba bien libre de toda ambicion, ò bien curado de esta enfermedad contagiosa, quando no huviera dado tres pasos por arrivar à tan eminente dignidad.

Toda la Iglesia sabe, que el bonete cardenalicio es la mas alta recompensa que puede dár el Papa à la virtud; que no hay cosa superior à ella que la Tiara Pontificia, y que el que recibe este honor, no tiene ya que pretender ni aun desear. Con todo eso, ved en nuestro Sales à un Obispo, que no queria dár tres pasos por honrarse con ella; y considerad, ¡quán distante estaba de pretenderla; de remover Cielo y tierra para alcanzarla, y de emplear el credito de los Soberanos para conseguirla! Roma admiró en otro tiempo à uno de

sus mas grandes Emperadores, por haver dicho: que su corona tenia mas espinas que flores, y que quien bien conociese sus miserias, no la querria levantar, si caía de su cabeza. Admire, pues, París à un Prelado, que sin perder el respeto que debia à la Purpura, sabe reconocer su vanidad. Que declara à su amigo, que no daria tres pasos por recibirla; y que enseña por este oraculo à todos los Obispos, que si no pueden rehusar esta dignidad de la Iglesia, à lo menos no la pueden desear ni pretender.

Esto, Señoras, me trahe à la memoria la generosa disposicion de una gran Reyna, al mirar su diadema. Havía concebido tanto menosprecio de ella, que jamás la ponía sobre su cabeza sin disgusto: y solamente usaba de esta ceremonia quando salía en público, ò se havia de manifestar à sus vasallos. Mas como conocia muy bien su vanidad, no ponía en ella ni su amor ni su confianza; y prefiriendo la qualidad de sierva de Dios à la de Soberana, solamente en su Magestad colocaba toda su gloria y su alegria: *Tu scis Domine quod abominer signum superbiæ, & gloriæ meæ quod est supra caput meum in diebus ostentationis meæ.* (a) Bien sabeis, Señor, (le decia à Dios la Reyna Esther) que yo abomino esta señal de orgullo que está sobre mi cabeza en los dias de ceremonia y de triunfo: *Et detester illud quasi pannum menstruatum, & non portem in diebus silentii mei.* Bien sabeis, que jamás la llevo en los tiempos de mi

(a) Esther. cap. 14. v. 16.

retiro y de mi silencio; y que la tengo mas horror que menosprecio: *Et nunquam letata sum ancilla tua nisi in te Domine Deus Abraham.* Y finalmente, vos sabeis, Señor, que vuestra sierva jamás ha encontrado consolacion ni alegria, sino en solo vos, Dios de nuestro Padre Abraham. No dudo yo, Señoras, que vos estais en las mismas disposiciones; que conoceis muy bien el peligro y la pena que acompaña à las coronas; que sois bien persuadidas de la inconstancia de las grandezas; que haviendo visto tronos vacilantes, y aun trastornados en este desgraciado siglo, poneis toda vuestra confianza en Jesu-Christo, y menospreciáis los cetros y las coronas; pues os los pueden quitar, y los podeis perder. Pero yo me desvío de mi objeto. Una Reyna me ha hecho olvidar à un Obispo; y Esther me ha obligado à interrumpir por un momento las alabanzas de Francisco de Sales. Acabemos su Panegyrico; y despues de haver mostrado que no tenia amor propio, porque le faltaba la ambicion; manifestemos que era muerto al resentimiento de las injurias: y que esta pasion tan delicada y tan viva no perturbaba el reposo de su alma.

PUNTO TERCERO.

El honor, jamás nos es tan querido, como quando nos lo quieren quitar. Entonces juzgamos estar obligados à conservarle; y que esta es obligacion legitima que nos pide la justicia. El amor propio, que es tan ingenioso como violento, nos propone mil razones para autorizar nuestros sentimientos,

persuadiendonos que nuestra reputacion es un bien público; y por consiguiente, no quiere que despreciemos su defensa. Engañados con tan especiosas razones, creemos que todo nos es permitido quando se nos ofende; y que renunciando todas las leyes de la caridad, podemos rechazar una injuria con otra injuria. Pero nuestro Prelado estaba bien distante de estas peligrosas maximas. Y como el maestro que las enseña no tenia poder sobre su espiritu, seguia otras mas seguras y mas christianas: porque quando se atrevian contra su inocencia, y perdiendo el respeto debido à su caracter, querian los hombres hacer pasar por vicios aun sus mayores virtudes; empleaba este Santo Obispo toda su paciencia para reprimir su colera. Y como si se huviera vuelto un estúpido, no manifestaba ni resentimiento, ni aun conmocion alguna. Sus amigos le reprehendian amorosamente, y querian persuadirle, que su dulzura hacia insolente al crimen, autorizando con su silencio la calumnia; ¿Qué cosas no podia hacer y decir el amor propio, lisonjeado por tan bellas palabras! Pero qué generosa respuesta nos sacó de la boca de nuestro Prelado el amor de Dios, que reynaba en su corazon? Mirad (les dice à sus amigos): yo he hecho pacto conmigo mismo de no hablar jamás, quando me siento movido de la colera. Ah! Bienaventurado Obispo, ¿aún hay algun resto de colera en vuestra alma? Sí. Esta pasion no se ha extinguido enteramente, y aunque no seguís vos sus movimientos, sentís todavía sus desordenes. Es verdad, pues, que ella vivia por entonces

en su alma, però murió muy en breve; porque la caridad destruyendo su amor propio, acabó de aniquilar los movimientos de la ira. Y así sucedió, que como un hombre insolente, cuya lengua servia de ministro al demonio para ofender à nuestro Prelado, se huviese propasado à decirle mil injurias, empleando toda suerte de artificios para acabar con su paciencia; le respondió con tal dulzura, que antes se juzgó tenia designio de gratificarle, que de reprehenderle. Los que esto vieron, se lo vituperaron; creyendo que semejante procedimiento, era lo mismo que querer conservar los delitos. Però el Santo los satisfizo enteramente, quando les dió à conocer por su respuesta, que su amor propio havia espirado con su ira, y que se havia hecho insensible à todos los ultrages, por el continuo cuidado que havia puesto en sufrírtelos. Pues qué (les dixo), ¿quereis vosotros que pierda yo en un quarto de hora una virtud, que me ha costado veinte años de pena el conseguirla? Conoced por esta generosa respuesta dos cosas bien memorables. La primera, que su dulzura havia domado à su colera; que havia ido à combatirla dentro de su mismo fuerte; y que desecando la hiel donde reside, no solamente la havia desarmado, sino enteramente destruido. La segunda, que esta victoria le havia costado nil trabajos, pues para deshacer este monstruo, havia peleado por espacio de veinte años. Conoced, que es mas facil conquistar todo el mundo como Alexandro; que vencer una pasion como Francisco de Sales. Conoced que aquel Conquistador, des-

pues de haver sujetado tantos Reyes, no havia sujetado todavia su colera; y por consiguiente, que este Soberano del Universo, que era tan absoluto en su estado, no era obedecido en su persona. Conoced que los esclavos del humilde Francisco de Sales, eran los Señores y los Tyranos del Grande Alexandro; y tened presente, que los Santos son mas raros en el mundo que los conquistadores. Pero aunque este bienaventurado havia vencido el amor propio en los vicios, pudiese suceder, que no le huviese vencido en las virtudes. Y aunque era muerto à las malas inclinaciones, pudiese no obstante no ser indiferente para sus buenas obras. Y asi examinemos por ultimo este punto delicadísimo de la piedad, ò este escollo de la virtud. Mirad

PUNTO QUARTO.

El amor propio se mezcla, ò introduce en todas las acciones de los hombres. Y no sé yo, si como es más oculto en las santas que en las profanas, será en estas por la misma razon mas peligroso. Lo cierto es, que el deshonor que acompaña à los vicios, confunde al orgullo; pero la gloria que se halla en la virtud, le hace insolente. Se le separa, pues, facilmente del mal, pero se le desprende con dificultad del bien. La experiencia nos enseña, que jamás es mas obstinado el amor propio, que quando está sostenido por un pretexto especioso, ò cubierto con una bella apariencia. El unico medio en tal caso para vencerle, es no querer cosa alguna, y está indiferente

te para todas; porque como la indiferencia es la muerte de la voluntad, es tambien la ruina del amor propio; pues como no emprende las cosas buenas sino por orden de Dios, no tiene peligro de dedicarse, ò de adherirse à ellas, por un afecto desatreglado. Ella mira el Cielo y la tierra con unos mismos ojos. Recibe la salud y la enfermedad con igual disposicion. Acepta la vida y la muerte con un mismo semblante. Nada regula sus movimientos, sino la voluntad de Dios; y es tal su respeto à esta Soberana, que muda de inclinacion, luego que ésta muda de conducta.

Pues ahora, como nuestro dichoso Prelado havia adquirido esta perfeccion, no tenia en la tierra empeño alguno. Nada emprendia, que no estuviese preparado à dexar; y luego que Dios por algun signo probable le declaraba su voluntad, se sometia à ella sin repugnancia, y sin remision. De aqui provenia el decir à uno de sus confidentes, que él queria pocas cosas, y aun estas con frialdad; porque no tanto las queria por inclinacion como por obediencia. Se parecia à aquella planta, que no tiene otros movimientos que los que la dá el Sol, y que estando fixa por las raíces en la tierra, dexa conducir su flor segun el curso de este hermoso Astro. Tal era nuestro Obispo en orden à Dios. Estudiaba sus voluntades para seguir las, y luego que las conocia, abandonaba todas las suyas, para someterse à las divinas. Ved aqui una prueba de esto tan cierta como maravillosa. Todos saben, que el establecimiento de las doncellas de Santa Maria es la principal ò la corona de todas las obras del bienaventurado

rado Francisco de Sales. Que es el proyecto que mas le ha costado. Que es el mayor servicio que ha hecho à la Iglesia. Y que si huviera en la tierra alguna cosa capaz de atraerle, sería sin duda una obra, donde la salvacion de tantas almas se hallase estrechamente unida con la gloria de Dios. Con todo eso, amaba Francisco esta obra sin particular adhesion; aplicaba à ella sus servicios sin interés; y quando juzgó que Dios quería extinguirla en su mismo nacimiento, se rindió à su disposicion con tal conformidad, que os debe convencer de que el amor propio en todas lineas estaba muerto en él: porque consintió sin duda en la ruina de aquella cosa que le era en el mundo mas querida.

Algun tiempo despues de la ereccion de la Orden de Santa Maria, Madama de Chantal cayó enferma peligrosamente, y llegó al extremo de ser abandonada de los Medicos. Su muerte, segun todas las apariencias humanas, sería tambien la muerte de su obra; y nuestro dichoso Prelado no ponía duda en que este Orden, que acababa de nacer, no podría subsistir, si perdía una persona que le servia de directora, y de madre. Fue-la à visitar, quando se hallaba en este extremo, llevando su corazon lleno de dolor y de ternura; pero mas lleno de sumision y de obediencia, la hizo un discurso. ¿Mas qual os parece, Señoras, sería este discurso? ¿Qué consejos juzgais, dió Francisco de Sales à esta Religiosa moribunda? Yo imagino, que Vuestras Magestades se persuaden, le aconsejaría hiciese algunos votos, ò que él los hiciese por la enferma, para alcanzar del

Cie-

Cielo su salud. Que la consolaria, asegurandola que Dios conservaria su vida, para acabar la obra de los dos; y que haria su Magestad un prodigio, para conservar un Orden que se acabaria si ella faltase. ¡Mas ay! qué diferentes de los nuestros eran los pensamientos de este grande hombre! ¡qué diversas las ideas que le inspiró su sumision, y conformidad; y qué lenguaje tan distinto le hizo tener aquella su santa indiferencia, asesina, inocente del amor propio! Hija mia (la dixo), puede ser que Dios quiera darse por contento con este nuestro ensayo, como hizo con la voluntad que tuvo Abraham de sacrificarle su hijo. Y qué, gran Santo, ¿no sois mas penetrado que esto; por la muerte de una persona tan querida, y por la ruina de un Orden tan santo? ¿No sabéis que ésta es la mayor de vuestras empresas? ¿que este instituto debe honrar à Dios, enriquecer la Iglesia, salvar las almas, y poblar el Paraíso? ¿Por qué no haceis votos, para impedir la pérdida de tantos bienes? ¿Por qué no pedis à Dios uno de sus prodigios, para retirar del sepulcro una persona tan necesaria? ¡Ah! Todas estas razones las tenia Sales presentes; pero tambien sabía, que la voluntad de Dios debe ser la regla de la nuestra; y que quando su Magestad la declara por algunas señales externas, es necesario sacrificarle nuestras inclinaciones y nuestros intereses. Sabia asimismo que el amor propio en todo se introduce; que es bastante ingenioso para separarnos de Dios, haciendonos amar sus obras; y una santa indiferencia es el unico medio para defendernos de tan ingenioso enemigo.

Tom. I.

Hh

No

No dudeis ya, pues, que el amor propio fue extinguido en un hombre que no tenia voluntad; y persuadios de que el amor divino era victorioso en su alma; pues havia hecho morir en ella una afeccion tan justa y razonable. La conversacion que tuvo con uno de sus intimos amigos poco tiempo antes de su muerte, confirma bien esta verdad: porque hablando con él en confianza, le dixo estas palabras que el amor santo puso en su boca: si supiera yo, que havia algun resto del amor del mundo en mi corazón, quisiera que se rompiese mi pecho, o que mi corazón se abriese, para que saliese de allí este impuro y falso amor; Un hombre que habla en estos terminos, no testifica evidentemente, que el amor propio no habita en su alma; y que la caridad le ha librado de este enemigo? No necesito deciros mas para acabar el Panegyrico de nuestro Santo, o por decirlo mejor, el triunfo del divino amor, que hacer os ver, que este gran Santo es dichoso, por haver sido el vasallo y el martyr del amor. El vasallo, pues obedeció a sus impulsos; y baxo de su conducta triunfo del amor propio. El martyr, pues cediendo a su dulce violencia, coronó su vida con la mas gloriosa de todas las muertes.

Pidamosle, pues, alguna parte de esta dichal Conjuramosle para que nos alcance la gracia de ser como él los martyres del amor santo; y los vencedores del amor propio. El primero es el origen de todos los bienes; el segundo la causa de todos los males. Y así como el amor propio precipita a los hombres en el abismo de la desgracia, el divino los eleva al colmo de la felicidad.

W

H

L. dad

dad. Declaremos, pues, la guerra al amor propio, pues es nuestro mortal enemigo. Acometamosle en los placeres, donde está tan gozoso; en los honores, donde es tan insolente; y en las buenas obras, donde está tan oculto. Y aprendamos del exemplo del bienaventurado San Francisco de Sales, que el amor divino no se aumenta en nosotros, sino a proporcion que se disminuye el amor propio; y que es necesario aborrecernos sobre la tierra, si queremos amar a Dios, y reynar con él por los siglos de los siglos en el Cielo.

Asi sea.



Hh 2

SER-